

Trilby



*«Aux nouvelles que j'apporte
Vos beaux yeux vont pleurer.»*

George du Maurier

Trilby

Con ilustraciones del propio autor

Traducción y postfacio de Max Lacruz Bassols





«ERA TRILBY!»
(ver página 304)

*«Hélas, je sais un chant d'amour
Triste et gai, tour à tour!»*

*(Conozco, ay, una canción de amor,
¡triste y divertida, divertida y triste!)*

Primera parte

*Mimi Pinson est une blonde
Une blonde que l'on connaît;
Elle n'a qu'une robe au monde,
Landérette! et qu'un bonnet!*¹

Era un hermoso día de abril en el que el sol se alternaba con los chaparrones.

La gran ventana del estudio dejaba entrar por el montante abierto una agradable brisa del noroeste. Por fin iban las cosas poniéndose en su sitio. Un piano de media cola había llegado de Inglaterra en «pequeña velocidad», como llaman a los trenes de mercancías los franceses, y ya estaba recién afinado, junto a la pared de poniente. En el muro contiguo colgaba una panoplia con floretes, caretas y guantes de boxeo.

Un trapecio, una maroma con nudos y dos cuerdas paralelas aparecían colgadas de una inmensa viga del techo. Las paredes estaban pintadas con ese habitual rojo mate que se emplea en los estudios. Sobre ellas resaltaban los modelos en yeso de brazos, piernas, manos y pies; además de la máscara de Dante, el alto relieve de Leda y el cisne de Miguel Ángel, y un centauro.

También se veían estudios de desnudos al óleo: copias de Tiziano,

Rembrandt, Velázquez, Rubens, Tintoretto... Pero ninguna de la escuela de Boticelli, Mantegna y compañía, firmas aún desconocidas por el público.

A gran altura, y a lo largo de las paredes, había una estantería bastante ancha sobre la que descansaban otros vaciados en yeso, arcilla e imitación de bronce: un pequeño Teseo, una pequeña Venus de Milo, un pequeño Discóbolo; un hombrecito desollado amenazando al cielo (gesto casi disculpable dada su situación), un *León con jabalí* de Barye; una figura anatómica de un caballo despojado de tres patas y de las dos orejas; una cabeza de caballo, también sin orejas, del dintel del Partenón, y el busto de Clytia con su hermosa frente inclinada, su dulce y pálida mirada y aquel inefable movimiento hacia adelante de los hombros que hace de su pecho un nido, un lugar de descanso, una almohada, un refugio, como la imagen de algo que debiera ser amado y buscado siempre; algo digno de que los hombres trabajen y luchen por conseguirlo, generación tras generación.

Cerca de la estufa aparecían colgados una parrilla, una sartén, un tenedor de tostar y un fuelle. En un armario de rinconera con puertas de cristal, situado también junto a la estufa, se veían platos, vasos, cuchillos de mango negro, cucharas de estaño y tenedores de acero de tres puntas; una ensaladera, unas vinagreras, una botella de aceite, dos tarros de mostaza (inglesa y francesa) y otras cosas por el estilo, todo ello limpio como los chorros del oro. En el suelo, que había sido oscurecido y encerado a todo lujo, se podían contemplar dos pieles de pantera y una hermosa alfombra persa de las llamadas de oración. Una de las mitades de la alfombra (la que caía precisamente debajo del trapecio, más allá de la tarima de los modelos y al extremo opuesto de la ventana) estaba cubierta con una estera ordinaria, de forma que se

podiera practicar esgrima o boxeo sin resbalar uno o romperse la crisma en caso de caída.

Otras dos ventanas de estilo francés con contraventanas y espesas cortinas de bayeta verde se abrían hacia el este y el oeste para dejar entrar la aurora o el ocaso, o quizá para impedirlo. También había en el estudio refundidos, nichos, encrucijadas, caprichosos escondrijos y diversos rincones para ir llenando con infinitos trastos de uso, bibelots, objetos personales, regalos y adquisiciones... Todas esas cosas que forman un ambiente simpático y acogedor, grato de recordar y que provoca dulce añoranza pasados los años.

Un inmenso diván se extendía largo, espacioso y deliciosamente mullido debajo de la ventana norte, la ventana del trabajo. Se trataba de un diván tan inmenso, que tres ingleses robustos y bien nutridos podían tumbarse a la vez a fumar sus pipas sin estorbarse, cosa que allí sucedía con mucha frecuencia.

Uno de ellos —del condado de York por cierto— llamado Taffy (y también «hombre de sangre azul» por suponérsele un lejano parentesco con cierto título nobiliario) se encontraba ocupado en aquel momento en más enérgicos menesteres. En mangas de camisa, y con los brazos desnudos, ejecutaba molinetes sobre su cabeza con dos bolos de gimnasia; estaba congestionado y sudaba copiosamente, todo ello con aspecto fiero. Se trataba de un muchacho grandote, rubio, con los ojos bondadosos aunque



TAFFY, ALIAS TALBOT WYNNE



EL «LAIRD» DE COCKPEN

coléricos, y los músculos de sus membrudos brazos eran duros como barras de hierro.

Durante tres meses fue oficial de Su Majestad. Había hecho toda la campaña de Crimea y hubiera sido uno de los famosos seiscientos de la célebre carga de Balaclava de no haberse torcido un tobillo jugando a pídola² en las trincheras, razón que le retuvo en cama en el transcurso de tan memorable jornada. Así per-

dió la ocasión de optar entre la gloria y la tumba, quedando tan asqueado de la vida militar por aquel humillante tropiezo que no volvió a levantar cabeza. Entonces, sintiendo en su interior una vocación irresistible por el arte, vendió su cargo y se fue a París, donde se encontraba trabajando con todo todo su ahínco, como puede apreciarse.

Era un guapo mozo de facciones correctas, aunque siento decir que, además de sus poblados mostachos de zapador, poseía unas inmensas patillas de un rubio rojizo, a las que se llamaba por entonces «plañideras de Piccadily» y que Mr. Sothern puso de moda luego con su personaje de lord Dundreary.

Las patillas estaban de moda por entonces entre los miembros de nuestra dorada juventud que disponían de tiempo... y de pelo. Cuanto mayores y más rubias eran las patillas, más guapo era el muchacho. Parece increíble en estos tiempos actuales en que los de la brigada de Su Majestad van con la cara rasurada como si fueran clérigos o actores.

«*What's become of all the gold
Used to hang and brush their bosoms...?*»³

Otro íntimo de aquella feliz mansión, Sandy, «el Laird» (el propietario, en escocés) de Cockpen, como le llamaban, estaba sentado, con el mismo sobrio atavío, delante de su caballete, pintando con gran verismo un cuadrado en el que un torero daba una serenata en pleno día a una dama de alto copete. Nunca había estado en España, pero tenía un traje de luces completo, una ganga que había comprado por cuatro perras en el boulevard du Temple (la guitarra era alquilada). Tenía la pipa en la boca, pero hacia abajo, porque se había apagado volcando la ceniza sobre sus pantalones que, de esta manera, solía llenar de agujeritos.

Espontáneamente, y con su acento escocés, comenzó a declamar la *Balada de la Bouillabaisse*:

«*A street there is in Paris famous
For which no rhyme our language yields;
Rue Neuve des Petits Champs its name is—
The New Street of the Little Fields...*»⁴

Luego, con genuina admiración por la inmortal estrofa, se echó a reír con una cara tan alegre y jovial que daba gusto verle.

También él había cambiado de rumbo. Sus progenitores (gente buena y piadosa de Dundee) hubieran querido que fuese abogado como su padre y su abuelo; sin embargo, allí estaba, en el famoso París, pintando toreros y declamando la *Balada de la Bouillabaisse*, que seguiría recitando con la más pura alegría de su corazón, y con mucha más frecuencia que sus oraciones.

De rodillas en el diván, con un codo apoyado en la ventana, estaba un tercer muchacho, mucho más joven que los otros. Era «Little Billee». Había bajado la cortina de bayeta verde y contemplaba desde arriba los tejados y chimeneas de París con mucha atención mientras se tomaba un panecillo y una salchicha con un fuerte condimento de ajo. Comía con fruición porque tenía hambre; se había pasado toda la mañana en el estudio de Carrel dibujando del natural.

Billee, Little Billee para sus amigos, era bajito y delgado, y aparentaba veinte o veintidós años. Tenía una frente lisa y ancha y de una blancura que dejaba transparentarse las venas azules. Los ojos eran de un azul muy oscuro, las facciones delicadas y finas, y el pelo negrísimo. De figura graciosa y bien formado, de pies y manos pequeños y mucho mejor vestido que sus amigos —que en eso se proponían aventajar a los habitantes del Quartier Latin y lo conseguían—, Billee ostentaba en su simpática y hermosa fisonomía un levísimo rastro de un posible y remoto antepasado judío; no era más que un leve vestigio de esa sangre fuerte, robusta, vigorosa, indomable e imborrable que adquiere un inmenso valor cuando aparece diluida en dosis homeopáticas, a la manera de ese vino blanco seco español llamado Montijo, que no se puede tomar puro, aunque le resulta imprescindible al Jerez, ya que sin una mezcla prudencial no puede pasarse por el mundo sin perder su aroma; o como la famosa raza canina *bulldog*, nada bella en verdad, aunque si un galgo no posee unas gotas de aquella estirpe, puede perder la esperanza de conseguir ser un campeón. Por lo menos así me lo han dicho comerciantes de vinos y aficionados a los perros, que son las personas más veraces del mundo. Afortunadamente para el mundo, y especialmente para nosotros, casi todos llevamos unas gotas de ese precioso fluido aunque no lo sepamos. *Tant pis pour les autres!*⁵

Mientras Billee engullía, contemplaba a sus pies la bulliciosa place St. Anatole des Arts y veía las casas viejas de enfrente, algunas de las cuales estaban siendo derribadas sin duda para que no se cayesen por propia y graciosa voluntad. En los huecos que quedaban, se veían viejas paredes descoloridas, agrietadas y sucias, con balcones misteriosos y viejas barandillas de hierro de gran vetustez. Aquel cuadro le hacía soñar con la vieja Francia medieval, con sus amores, perversidades y crímenes. ¡Legendarios misterios de París!



EL TERCERO ERA LITTLE BILLEE

Un hueco entre dos manzanas de casas le ofrecía un atisbo del río, de la *cit *, y de la antigua y siniestra Morgue; un poco más a la derecha se levantaban sobre el cielo empedrado de abril las torres de Notre Dame. Con un poco de imaginación se podría creer que todos los tejados de París estaban delante de sus ojos, y él los contemplaba con un afán de novedad, un interés y un placer que no hubiera podido expresar con palabras.

¡París! ¡París!... ¡¡París!!

Este solo nombre había sido siempre para él un conjuro; aunque no fuese más que el mero sonido pronunciado por unos labios o una palabra m gica escrita o impresa en un papel. Y he aquí que lo tenía delante de él, y él mismo, *ipsissimus*, estaba plantado en pleno corazón de la gran ciudad para vivir all  y aprender all  todo el tiempo que quisiera y convertirse en el gran artista que ansiaba llegar a ser.

Cuando acab  de comer, encendió una pipa y se tumb  en el diván lanzando un suspiro profundo, expresión de la plenitud de su corazón.

Nunca se había sentido tan feliz como entonces, ni soñó siquiera tan gran felicidad a pesar de que su vida había sido por completo dichosa. Billee era joven e ingenuo; nunca pisó un colegio ni sabía nada del mundo y sus maldades; desconocía el francés e ignoraba las costumbres de París y del Quartier Latin. Le habían educado en su casa, y su infancia transcurrió en Londres con su madre y su hermana, que ahora vivían con relativa modestia en Devonshire. Su padre, ya difunto, había sido empleado del Tesoro.

Él y sus amigos, Taffy y Laird, habían alquilado el estudio entre los tres. Laird dormía en un cuarto que daba al estudio, Taffy tenía una habitación en el Hôtel de la Seine, en la calle del mismo nombre, y Little Billee se hospedaba en el Hôtel Corneille, que estaba en la place de l'Odéon.

Billee pensaba, al contemplar a sus compañeros, que era una gran suerte la suya de tener dos amigos tan encantadores.

Todo lo que sus compañeros hacían, todo cuanto decían, era perfecto para él. Eran sus rectores y maestros de filosofía, a la par que sus camaradas. Por otra parte, Taffy y Laird querían con toda su alma al muchacho.

La fe absoluta con que Little Billee acogía todos sus dichos y hechos, les emocionaba tanto más cuanto que se daban cuenta de que era mucho mayor de la que merecían. Su pureza de espíritu tan virginal les divertía y encantaba, y hacían todo lo posible para preservarla, aun en el Quartier Latin, donde la pureza suele pervertirse a poco que permanezcas en él algún tiempo.

Le querían por su temperamento afectuoso y sus maneras vivas y cariñosas, y le admiraban mucho más de lo que él se figuraba. Reconocían en él una gran rapidez, una agudeza y una delicadeza de percepción en materias de forma y color, una misteriosa y feliz facilidad de ejecución; un sentido de todo lo bueno y dulce de la

naturaleza, y una capacidad para poder siempre expresarlo, que no habían recibido ellos, y que, según se confesaban mutuamente sin escatimarle nada, alcanzaba la altura de la genialidad.

Cuando alguien en el círculo inmediato e íntimo que nos rodea posee un don excepcional, le amamos o le aborrecemos por ello en relación con la grandeza de su don y según la manera de ser de cada uno.

Así pues, Taffy y Laird querían a Billee de verdad. No es que Billee no tuviera sus defectos. Por ejemplo, no se interesaba mucho por los cuadros de los demás, no parecía que le gustase el torero guitarrista de Laird ni la dama de la serenata (nunca decía nada de ellos ni para criticarlos ni para admirarlos). Contemplaba en silencio las estampas realistas de Taffy (pues Taffy era un



«IT DID ONE GOOD TO LOOK AT HIM.»

realista), y el silencio que guardaba en tales ocasiones podía haber resultado piedra de toque para una auténtica amistad.

Aunque quizás para contrarrestar esto, cuando iban los tres juntos al Louvre, parecía que tampoco se mostraba muy interesado por Tiziano, Rembrandt, Velázquez, Rubens, Veronese o Leonardo.

Miraba en cambio a las personas que contemplaban los cuadros, en lugar de mirar a los propios cuadros. Le gustaba especialmente

la gente que los copiaba; algunas veces las copistas eran encantadoras muchachas que le parecían aún mucho más bonitas de lo que realmente eran. Solía asomarse frecuentemente a los ventanales del Louvre desde donde se ve una gran parte de París, de ese París del que nunca se hartaba.

Luego, saturados de belleza clásica, los tres se iban a comer juntos, y Taffy y Laird decían cosas maravillosas sobre los viejos maestros, y debatían mientras Billee escuchaba con silenciosa y deferente atención, aprobando con reverencia todo lo que decían. Después hacía unos deliciosos apuntes a pluma de sus dos amigos, mientras hablaban de esas cosas tan sublimes. Apuntes graciosamente logrados, que mandaba a su madre y a su hermana. Eran tan reales y atinados, que casi se podían oír las cosas tan hermosas que sus amigos decían; estaban tan bien dibujados, que los viejos maestros no los hubiesen hecho mejor, y eran tan irresistiblemente cómicos, que se comprendía que los viejos maestros no hubieran podido hacerlos igual, como tampoco Milton hubiera podido describir la pelea entre Sairey Gamp y Betsy Prig. Es decir, nadie los hubiera hecho como los hacía Little Billee.

Little Billee tomó la *Balada de la Bouillabaisse* en la estrofa en que la dejó Laird, mientras pensaba en su porvenir y el de sus amigos cuando llegasen a la cuarentena, momento que le parecía inconcebiblemente remoto. Esta meditación fue interrumpida por fuertes golpes en la puerta seguidos de la entrada de dos hombres.

El primero, un individuo alto y seco, de unos cuarenta años de edad, que parecía judío, tenía hermosas facciones y un aspecto siniestro. Su traje era viejo y desaliñado, y llevaba una boina francesa roja y una capa de terciopelo negro con un gran broche de metal en el cuello. Su espeso pelo negro, mate, duro y mortecino, le caía



ENTRE LOS GRANDES MAESTROS

por detrás de las orejas y sobre los hombros, al estilo bohemio, que tan odioso es para el inglés normal. Tenía unos ojos negros, audaces y brillantes, con párpados largos y pesados; un rostro enjuto y descolorido, y una barba de color de chamusquina que le nacía casi debajo de los párpados. Sobre ella le caían los bigotes en dos largas y retorcidas espirales. Se hacía llamar Svengali, y hablaba con cierta soltura un francés con fuerte acento alemán, esmaltado con graciosos giros y modismos germánicos; su voz era fina, baja y áspera, y tendía a quebrarse en ocasiones en un desagradable falsete.

Su compañero parecía húngaro: era un muchacho bajo y moreno, muy picado de viruelas y también bastante harapiento. Tenía ojos castaños, grandes, suaves y muy cariñosos, como los de un perro. Sus manos eran nerviosas, pequeñas y de abultadas venas, con las uñas comidas hasta el límite de lo posible, y llevaba un violín sin estuche y el correspondiente arco debajo del brazo, como si hubiera estado tocando en la calle.

—Buenos días, hijos míos —dijo Svengali—. Os *trraigo* a mi amigo Gecko, que toca el violín como un ángel.

Billee, a quien le encantaban todos los músicos, hasta los de las charangas, saltó del sofá y recibió a Gecko con toda la efusiva amabilidad que le permitía su incipiente francés.

—¡Ah, el piano! —exclamó Svengali tirando sobre el instrumento su boina roja, y dejando caer al suelo su capa—. Supongo que *serrá* bueno y que *estarrá* afinado. —Dicho lo cual, sentándose en el taburete, tocó unas escalas con ese fácil dominio y esa dulce y clara firmeza de ejecución que revelan a un maestro.

Luego empezó a tocar el *Impromptu en la bemol* de Chopin tan maravillosamente que Billee creyó que el corazón se le rompía de entusiasmo y emoción contenidas. Nunca había oído nada de Chopin; sólo conocía la sencilla música de su provincia —melodías con

variaciones, *Annie Laurie*, *La última rosa del verano*, *Las campanas azules de Escocia*—, en fin, ingenuas y familiares melodías compuestas para amenizar las tertulias y para facilitar la conversación a las personas tímidas, que se asustan del sonido de su propia voz y cuya animada charla cesa siempre al mismo tiempo que la música.

Billee no olvidó nunca aquel *Impromptu*, que habría de volver a oír en alguna otra ocasión a lo largo de su vida, en extrañas circunstancias.

Después Svengali y Gecko tocaron juntos primorosamente pequeños fragmentos que a veces sólo eran algunos compases, pero, ¡qué belleza y qué expresión en aquellos compases! Fragmentos, ráfagas, pequeñas melodías hechas para captar y atraer en el momento o para enternecer, entristecer o enloquecer por un instante, cortadas sabiamente: *czardas*, danzas zíngaras, canciones de amor húngaras, motivos que hacia el año cincuenta eran poco conocidos fuera de la Europa oriental. Laird y Taffy se mostraban casi tan locos de entusiasmo como el propio Billee; un entusiasmo silencioso, demasiado profundo para poder expresarse. Cuando los dos grandes artistas interrumpieron su música para fumar, los tres ingleses estaban demasiado emocionados para imitarlos y se produjo un silencio...

De repente, se oyó llamar con los nudillos en la puerta de la escalera. Luego, una voz de volumen extraordinario y que podía pertenecer a cualquier sexo (incluso al de un ángel) emitió el clásico pregón de los lecheros ingleses: «¡Abajo está la leche!». Antes de que nadie pudiera decir «¡Adelante!», apareció una extraña figura, enmarcada en el oscuro fondo de la pequeña antesala.

Se trataba de una muchacha alta y bien desarrollada, cubierta con un gabán gris, como los que usa la infantería francesa. Por debajo, asomaba una falda corta rayada, que dejaba al aire unos

blancos tobillos desnudos y unos talones rosados, finos y suaves como el filo de una navaja de afeitar. Sus pies se perdían en un par de enormes zapatillas de hombre, lo cual hacía que los arrastrara al andar.

Su porte era suelto y naturalmente gracioso, como el de una persona que tiene los nervios y los músculos bien armonizados y un humor alegre y sano, y que, acostumbrada a la atmósfera de los estudios franceses, se encuentra en ellos como en su propia casa.

Aquella original indumentaria estaba coronada por una cabeza pequeña y descubierta, de pelo castaño, espeso y ondulado, recortado en melena. La cara reflejaba salud y juventud, y no parecía hermosa a primera vista, pues tenía los ojos demasiado separados, la boca excesivamente grande, algo maciza, la barbilla y el cutis invadido por las pecas. Pero nunca se puede decir todo lo hermosa o lo fea que es una persona hasta que se ha tratado de dibujarla.

Parte del cuello, cerca ya de la clavícula, que se acertaba a ver entre las desabrochadas solapas del levitón, era de una blancura de jazmín. Una blancura que no se encuentra en ningún cuello francés, y sólo en muy pocos ingleses. También poseía una frente espléndida, ancha y baja, con cejas espesas y rectas, mucho más oscuras que el pelo. El puente de la nariz era alto y ancho, y las mejillas bien proporcionadas y delineadas. Podría haber sido un magnífico muchacho.

Cuando aquella criatura paseó la mirada a su alrededor para observar a todos los presentes, sus dientes grandes y blancos dibujaron una amplia sonrisa de imponderable e irresistible dulzura, llena de candor y amistosa confianza. Se advertía a simple vista que era extraordinariamente inteligente, sencilla, alegre, honrada, valiente, buena y acostumbrada a ser bien recibida en todas partes. De pronto, volviéndose, cerró la puerta a sus espaldas y, dejando



«BONDAD Y TRISTEZA.»

de sonreír, adoptó una expresión de bondad y tristeza con la cabeza inclinada hacía un lado y los brazos en jarras.

—Son todos ingleses, ¿no? —preguntó—. Oí la música y me dieron ganas de entrar un rato. ¿Les importa? Me llamo Trilby, Trilby O’Ferrall.

Dijo esto en inglés, con acento escocés y algunas entonaciones francesas, y con una voz tan pastosa, profunda y llena, que hacía pensar casi en un incipiente *tenore robusto*. Al conocer a esta muchacha uno pensaba instintivamente: «¡Qué lástima que no sea un chico; hubiera sido un muchacho guapísimo!».

—Al contrario, estamos encantados —contestó Billee, solícito, ofreciéndole una silla.

Pero Trilby, sentándose con las piernas cruzadas en la tarima reservada a los modelos, al lado del piano, dijo:

—Hagan como si no estuviera; sigan con la música.

Mientras ellos la observaban curiosos y algo perplejos, ella sacó su almuerzo, que traía envuelto en un papel, del bolsillo del chaquetón y exclamó:

—Si no les importa, voy a comer; soy modelo y ahora me toca descansar, pues son las doce. Estoy posando para Durien, el escultor del piso de arriba. Poso para desnudos.

—¿Desnudos? —preguntó Billee.

—Sí, desnudos, ya saben: cabeza, manos y pies, todo... Especialmente los pies. Éste es mi pie —exclamó sacudiéndose una zapatilla y alargando una pierna—. El pie más bonito de París. En todo París no encontrarán otro igual, y aquí está —y riéndose alegremente, cual claro tintineo de campanas, presentó el otro.

Y en verdad que tenía unos pies extraordinariamente hermosos, como los que se ven en las estatuas y en las pinturas, cuyas formas claramente despertaban la inspiración, y tallados con líneas largas

y delicadas, de curvas sutilmente suaves, de noble dibujo y salpicados de pequeños hoyuelos modelados en el candor de una carne blanca y rosada.

Little Billee, que gozaba de un golpe de vista estético rápido y observador, y que sabía, inspirado por la gracia de Dios, cómo ha de ser un buen pie (aunque tan raramente lo sea) incluso en sus mínimos detalles de forma, tamaño y color, perteneciese a hombre, mujer o niño, quedó asombrado de que unos pies de carne viva y desnuda pudieran ser algo tan maravillosamente hermoso. Y, en ese mismo instante, comprendió que aquel pedestal prestaba una venerable y olímpica dignidad a su figura, que en aquel momento aparecía casi grotesca ante sus ojos, ataviada con un chaquetón y una falda femenina y... ¡nada más!

¡Pobre Trilby!

Moldes de aquellos pies, unos pies que no eran ni grandes ni pequeños, que eran unos pies encantadores, esbeltos, reproducidos en yeso pálido y empolvado, sobreviven hoy en muchos estantes y aparadores de muchos estudios repartidos por todo el mundo; y muchos escultores que todavía no han nacido se maravillarán en el futuro de su extraña perfección, y serán seguras víctimas de una desesperada fiebre por reproducirlos.

Cuando la Dama Naturaleza se propone hacer bien una cosa, prodigando toda su minuciosa atención en sus más nimios detalles —lo que, dicho sea de paso, sucede de Pascuas a Ramos—, obliga a que el mísero arte humano que pretenda imitarla se convierta en un arduo trabajo.

Es cosa singular que el pie del hombre —lo mismo que la mano, extremidad ésta con la que estamos si cabe más familiarizados, y acaso aún en mayor medida—, resulta rara vez hermoso en los adultos civilizados que transitan por el mundo con él embutido en

botas y zapatos de cuero. Esa fealdad del pie motiva que prefiramos llevar estas partes del cuerpo vergonzosamente ocultas, como cosa que hay que esconder y olvidar. A veces los pies de las mujeres son verdaderamente espantosos, y son lo más antiestético que puede encontrarse en los individuos más bellos, más distinguidos y más perfectos de su sexo. Su fealdad, en ocasiones, es tal que hiela y mata todo romanticismo, haciendo añicos el tierno sueño del amor y amenazando, incluso, con partir el corazón del joven amante.

Y todo por la insistencia en usar un tacón alto y una punta de zapato ridículamente fina. ¡Mediocre espectáculo, por cierto!

Por tanto, cuando la Madre Naturaleza se ha tomado tan especiales trabajos en construir un buen pie y cuando el cuidado del mismo, debido a una feliz coincidencia, lo ha mantenido convenientemente libre de lamentables deformaciones, durezas y decoloraciones —toda esa horrible abominación engendrada por la bota, que tan impopular le ha hecho—, la inesperada visión de un soberbio pie desnudo como el de Trilby, se convierte en sorpresa singularmente agradable para los ojos que saben mirar.

El pie posee, más que ninguna otra parte del cuerpo humano, incluso un rostro de divinos rasgos, el poder de evocar del modo más sutil cosas tales como la más alta distinción física, una feliz herencia evolutiva, o la constatación de una noble supremacía. Sugiere el poder del hombre sobre la bestia, el poderío del hombre sobre el propio hombre, y, sobre todo, el poderío de la mujer sobre sus congéneres.

¡En fin, perdonen tal derroche de elocuencia sobre los efectos que sobre una persona pueden ocasionar unas simples botas!

Trilby había sido consciente siempre de aquel regalo especial que le había hecho la Naturaleza, y por esta razón nunca en su vida había usado una bota o un zapato de cuero, dispensando siempre a

sus pies los mismos cuidados que le otorgaría la dama más refinada a sus manos. Era ésta su única coquetería, su exclusiva vanidad.

Gecko, con el violín en una mano y el arco en la otra, la contemplaba con la boca abierta, en un pasmo de ingenua admiración, mientras ella comía despreocupada su bocadillo de pan militar con crema de queso.

Cuando hubo terminado, se chupó delicadamente las puntas de los dedos, que sabían a queso, sacó una petaquilla de otro bolsillo del chaquetón, lió un cigarrillo, lo encendió y comenzó a fumar tragándose el humo a grandes bocanadas para, después de llenar sus pulmones con él, volverlo a lanzar por las narices con aire beatífico.

Svengali tocó la *Rosamunda* de Schubert mirándola lánguidamente con sus ojos negros y conquistadores, pero Trilby ni siquiera lo veía. Miraba a Billee, a Taffy y a Laird, a los modelos en yeso, a los cuadros, al cielo, a las chimeneas de enfrente, a las torres de Notre Dame que se divisaban desde su puesto...

Solamente al terminar exclamó:

—¡Ah, qué bien que suena esa música! ¡Qué lástima que sea tan triste! ¿Cómo se llama?

—La *Rosamunda* de Schubert, *señorrita* —replicó Svengali.

—¿Qué significa eso de *Rosamunda*?

—Rosamunda era una princesa de Chipre, *señorrita*, y Chipre es una isla.

—¡Ah! Y Schubert, entonces, ¿dónde está?

—Schubert no es una isla, *señorrita*. Schubert era un compatriota mío que componía música y tocaba el piano como yo.

—¡Ah! Schubert era un hombre entonces... No le conozco, jamás oí su nombre.

—Es una lástima, *señorrita*. Tenía algún talento. Acaso esto le guste más —y entonces comenzó a tocar, mientras cantaba:

«*Messieurs les étudiants
S'en vont à la chaumière
Pour y danser le cancan*». ⁶

Tocaba notas falsas y golpeaba los bajos en la clave incorrecta, todo ello con una ejecución espantosamente grotesca.

—En efecto, eso me gusta más. Es más alegre. ¿Lo ha compuesto también un compatriota suyo? —preguntó la muchacha.

—Dios no lo hubiera permitido, *señorrita*

Y Svengali quedó algo molesto; lo más gracioso, si la cosa hubiera sido para reírse, era la absoluta sinceridad de la muchacha.

—¿Le gusta la música? —preguntó Billee.

—¡Ya lo creo! Mi padre cantaba como un ave cantora. Era un hombre de universidad. Se llamaba Patrick Michael O'Ferrall, miembro del Trinity College, Cambridge. Solía cantar *Ben Bolt*. ¿Conoce *Ben Bolt*?

—¡Oh, sí! Muy bien... —repuso Billee—. Es una canción muy bonita.

—Yo la sé cantar —dijo la señorita O'Ferrall—. ¿Quiere que la cante?

—¡Ya lo creo!

Miss O'Ferrall tiró la punta de su cigarro y, poniéndose las dos manos sobre las rodillas, que tenía cruzadas como un beduino, encima de la tarima para los modelos, sacando los codos hacia fuera y mirando al techo rompió a cantar, con sonrisa tierna y sentimental, la tierna canción:

«*Oh, don't you remember sweet Alice, Ben Bolt?
Sweet Alice, with her hair so brown...?*». ⁷



La Rosamunda, de Schubert